

Una pirámide invertida

La «Santísima Virgen y Madre de Dios María»

Mediante las comillas indicadas citamos una fórmula eclesial que manifiesta el estilo con que la comunidad católica suele venerar a la madre de Jesús. Expresa la magnitud concedida a la veneración de María tanto en esta comunidad como en la ortodoxa. Sin embargo esta forma de expresión es sólo la punta de un iceberg. Sin exageración podemos afirmar que desde la alta Edad Media la cristiandad ha manifestado una veneración casi idolátrica a la madre de Jesús y aún sigue haciéndolo, con la excepción de las Iglesias de la Reforma. Esto vale no sólo para la Iglesia popular con sus santuarios de peregrinación, letanías, íconos, imágenes milagrosas, procesiones, hermandades, escapularios, rosarios, sino también para la jerarquía, desde abajo hasta bien arriba. La universalidad e intensidad de esta veneración es el fruto del llamado «sentido de los fieles», el *sensus fidelium*, un «sentido» que sería capaz de intuir la verdad. Este sería el reflejo de la acción del Espíritu Santo en su tarea de cuidar a la Iglesia para que no caiga en el error. Este sentido debe velar para que la Iglesia no se desvíe de la dirección correcta de la tradición original. Así pues, a sus abogados no les cabe la menor duda de lo laudable, importante y hasta indispensable de tal veneración de María. Una postura de rechazo frente a este culto denotaría una falta notable en el espíritu de fe.

No obstante, tampoco cabe ninguna duda que tal veneración no puede apoyarse en la Sagrada Escritura. No es allí donde encontraremos las fuentes de las que nace este imponente río de la veneración de María y de los dogmas que se originan respecto a ella. Fue por esto precisamente que la Reforma le declaró la guerra a la

veneración medieval de María, debido a su principio *Sola Scriptura*, «sólo la Sagrada Escritura». Lutero y sus reformados se irritaban de lo peligrosamente de esta veneración, cercana a un endiosamiento, que a menudo relegaba a la sombra al verdadero Salvador y Mediador Jesús. Después del Concilio de Trento, Roma adoptó la contraofensiva y le dio todavía más intensidad al culto de María, buscando con mayor celo una justificación teológica. Y cuando nació el concepto de «desarrollo dogmático», sin tardanza levantó este culto como un ejemplo típico de este desarrollo. Pero ya dijimos en el capítulo 5 que sólo existe desarrollo dogmático auténtico y garantizado por el Espíritu de Dios cuando el resultado es claramente reconocible como un desarrollo ulterior de una tradición original, y se señalan sus fuentes en la Sagrada Escritura.

Antes de examinar los textos de la Escritura en los que se apoya el culto a María, vamos a presentar el objetivo de este capítulo, que consiste en explicar y justificar el punto de vista de la teonomía respecto a la veneración de María.

Este punto de vista teonómico choca de frente con cuatro Credos eclesiásticos. Primero, con el título de *theótokos*, «Madre de Dios», que le fuera otorgado a María en Éfeso el año 431; segundo, con la concepción virginal de Jesús y la extensión que hace la Iglesia a la virginidad *in partu*, «en el parto» y *post partum*: «después del parto»; tercero, con su «concepción inmaculada»; y cuarto, con su ascensión «en cuerpo y alma» a los cielos.

Lo cierto es que estos cuatro Credos no están en el centro de la buena nueva, que consiste en que Dios ha hecho visible en Jesús su fidelidad eterna hacia el ser humano (no solamente hacia Israel). Sin embargo, se considera a esos Credos como si fueran sellos de auténtico catolicismo. Por eso, pese a las apariencias, éste es un capítulo importante. A lo largo de él mostraremos que la teonomía, más allá de estas tomas de posición aparentemente heterodoxas, tiene la forma de una ortodoxia que conduce hacia la tradición original, aun cuando su cauce sea distinto del que se ha ido formando desde el tiempo de los Padres de la Iglesia y se ha vuelto descomunamente vasto y profundo. Este capítulo quiere prevenir el reproche de heterodoxia y, para ello, desconectar la veneración de María de la confesión de fe cristiana. Es cierto que ambos no se contradicen, pero tampoco son mellizos siameses. Se puede ser un excelente cristiano sin ser un devoto de María. En este capítulo apologético aportamos los argumentos necesarios para probarlo. Pero además, queremos llamar la atención sobre los aspectos oscuros de esta veneración, con la esperanza de despejar el camino para un desarrollo sano de nuestra fe en el siglo XXI.

Para ello examinaremos primero las fuentes de donde ha brotado y sigue brotando la veneración de María. Veremos que no todas son tan cristianas como uno lo piensa. Luego, a propósito de cada uno de esos Credos, explicaremos por qué una persona que piensa teonómicamente debe despedirse de ellos, y por qué esta despedida no tiene absolutamente nada que ver con una ruptura de su ortodoxia.

La Sagrada Escritura como fuente

Habría que encontrar al menos algo en la Escritura que permitiera explicar el desarrollo y crecimiento de la veneración de María. Es verdad que la piedad popular puede originarse y crecer con fuerza al margen de la Escritura, porque sus fuentes de alimentación son otras, pero la veneración litúrgica de María no habría ni siquiera comenzado a fluir sin la Sagrada Escritura. La liturgia no es más que la Escritura convertida en oración de la Iglesia. Pero ya hicimos notar más arriba que esta fuente no es tan abundante como para explicar el río que ha llegado a constituir la veneración de María a lo largo de los siglos. Por ejemplo, Juan el Bautista juega un papel más importante que María en el evangelio. De hecho, el material bíblico respecto a María se restringe a dos lugares del capítulo 1 del Evangelio de Lucas: el anuncio del ángel y el *Magnificat*. ¿Bastan esos dos lugares para fundamentar la letanía de los títulos de honor de María? Lamentablemente no son suficientes, porque se cuentan entre las partes más mitológicas y menos históricamente confiables de ese evangelio.

Además, la exégesis moderna ha mostrado que en la escena de la anunciación Lucas pinta a María con los rasgos de la «Virgen de Israel» y por ello no nos dice casi nada sobre la María real. Por su parte, el *Magnificat* que Lucas pone en boca de María, se asemeja más a un salmo de victoria del tiempo de los Macabeos, que a la reacción de una muchacha que se entera de que está encinta (¿justo después de la anunciación?). Ni aún siendo una imitación del cántico de Ana del primer libro de Samuel (capítulo 2) es adecuado ponerlo en boca de María, porque su situación es completamente distinta de la de Ana, quien primero estuvo amargamente humillada y luego se convirtió en triunfadora. Si se quiere entender el *Magnificat* como un canto que María habría cantado verdaderamente de pura alegría al haber sido elegida como madre del Mesías, entonces deberíamos pensar que la anunciación del ángel, íntimamente vinculada con el cántico, sería un hecho histórico. Pero lamentablemente, esto es imposible para un espíritu moderno, por muy creyente que sea.

Entonces, ¿no hay otros textos más confiables en que también se hable de María? Sí, pero de manera excepcional, como de paso. Y

en ellos, salimos de una dificultad para entrar en otra. Cuando según Lucas 11, 27-28: una mujer del pueblo alaba en voz alta el vientre que llevó a Jesús, no encontramos que las palabras de Jesús llamen a venerar a su madre. «Más bienaventurados son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica», dice. Esto significa que otros merecen más alabanza que ella.

Cuando en Mateo 13,46 María está con sus hermanos en la puerta y quiere hablarle, su reacción tampoco es la de un hijo que quiere poner a su madre en el centro de todas las miradas. Pues Jesús reconoce a su verdadera madre no tanto en ella, cuanto, más bien, en aquellos que prestan oído al anuncio y hacen la voluntad de Dios.

La liturgia y la piedad no se acogen a estos textos de los sinópticos, sino que recurren al cuarto evangelio (históricamente muy objetable), pero aun en éste se habla de María sólo en dos lugares. El primero, a propósito del milagro del vino en Caná. Pero un milagro de vino no es precisamente un acontecimiento histórico. Además, cualquier lector desprejuiciado no tiene la impresión de que esas palabras de Jesús favorezcan el culto a su madre, pues lo que él dice puede traducirse así: «Señora, por favor, no me diga lo que yo tengo que hacer». El segundo texto es la palabra que Jesús dice en la cruz a María y al discípulo (el cual es una figura simbólica, no un discípulo de carne y hueso). Este texto parece más prometedor porque es el fundamento de la representación según la cual Jesús hizo de María «nuestra madre». Pero la presencia de María en la cruz contradice a los otros tres evangelistas que desde el punto de vista histórico merecen más confianza. Estos sólo dicen que unas mujeres estaban mirando desde lejos; algunas de ellas son mencionadas con sus nombres, pero María no está entre ellas.

La exégesis moderna tiene buenas razones para no entender este texto de Juan como un llamado a honrar a María como a «nuestra madre», sino más bien como una confirmación de que por fin María pertenece al círculo de los discípulos, pues en los textos citados de Lucas y Mateo todavía estaba fuera de este círculo. Esto parece confirmarse en los Hechos 1,14, donde aparece que, después de la muerte de Jesús, se cuentan entre sus discípulos su madre y sus hermanos, que antes lo criticaban. Por último, en las 21 epístolas que junto con el libro del Apocalipsis forman la segunda mitad del Nuevo Testamento, la mitad más larga, no hay absolutamente nada que pueda considerarse honradamente como fundamento para la veneración de María.

La liturgia busca el material que necesita en textos que no tienen nada que ver con María, sino, por ejemplo, con Ester, Judit, la

Sabiduría de Dios, Eva o aquella mujer anónima del profeta Isaías que pronto daría a luz un hijo. La lectura del Apocalipsis en la fiesta de la Asunción de María es un ejemplo típico de ello. La mujer vestida de sol no es María, sino la Iglesia amenazada y protegida por Dios, pero el texto tiene una fuerza evocadora que se presta para apoyar la representación de una honra celestial a María. Mirando más de cerca, nos damos cuenta de que lo que sucedió es que al buscar lugares de la Escritura que pudieran aplicarse a María, se encontró éste y otros textos inspiradores. Entonces se los ha puesto como modelos de veneración a María. De ese modo, esos textos dan la impresión de que se aplican más a la madre de Jesús que a otras figuras. Esta nueva interpretación incidió posteriormente en la infalibilidad que se les reconoció a los libros de la Biblia, y ésta, a su vez, se constituyó en garante de la verdad de lo que pareció dicho de María. Aunque sin decirlo, se supuso que el Espíritu Santo habría entregado precisamente esos textos con miras a la madre de Jesús. Pero como ya hemos dicho anteriormente, para nosotros la Biblia no es un libro de oráculos, sino el testimonio de lo que la tradición en sus orígenes confesaba y pretendía. Ni el visionario presbítero Juan en el Apocalipsis, ni los novelistas creyentes que nos dieron los libros de Ester y de Judit, pensaban en María de Nazaret cuando los escribían.

La influencia del «teótokos» de Éfeso

En el crecimiento imparable y exorbitante de la veneración de María han jugado un papel decisivo elementos que no pertenecen a la tradición bíblica. Entre ellos está principalmente el título de «Madre de Dios» que circulaba en el Oriente desde hacía varias décadas y que el Concilio de Éfeso le reconoció a María en el año 430.

Pero la veneración concreta de María tiene mucho más de amor y sentimientos que de representación teológica y precisión dogmática. En todo caso, el título de Madre de Dios le debe su fuerza motriz y su influjo a la vinculación de dos conceptos psicológicamente fuertes que se juntan en este título. Uno es el de Madre, que sugiere preocupación, ternura, ayuda. El otro es Dios, que sugiere poder. En esta formulación, la gente que vivía en la Edad Media no veía un dogma sino más bien una respuesta a su ser amenazado y necesitado. En el valle de lágrimas medieval el corazón tenía mucho más necesidad que hoy de tales respuestas. La piedad de entonces veía en María ante todo, a la madre preocupada y a la consoladora y protectora, sin la cual no habría posibilidad de aguantar los sufrimientos.

Por eso, su veneración como Madre de Dios no tenía casi nada que ver con los objetivos dogmáticos de Cirilo de Alejandría y sus partidarios, objetivos que no se referían a María, sino a Jesús. Cirilo

se sirvió de este título mariano, que había aparecido en el siglo III, para saldar cuentas con su contendor Nestorio. Éste, enseñaba que el hombre Jesús en esencia, era el mismo que la palabra eterna de Dios, y por tanto, era la palabra de Dios encarnada. Sin embargo, era tan distinto de Dios, que María no debía llamarse Madre de Dios, no *teo-tokos*, «alumbradora de Dios» -en el sentido material del acto de dar a luz o parir-, sino sólo la madre del hombre Jesús. Según Nestorio las dos naturalezas de Jesús correspondían a dos personas, de lo contrario el Verbo de Dios perfecto, inmune e inmortal debió haber crecido en sabiduría y en años, debió haber tenido hambre y sed, y por último, debió morir. *Teótokos* fue el grito de batalla con el que Cirilo atacó en Éfeso a sus oponentes de la doctrina de las dos naturalezas. El destino de los perdedores muestra claramente lo poco celestial que era la atmósfera durante este intercambio de estocadas sobre cosas celestiales. Nestorio y los obispos que estaban con él fueron confinados y deportados por el Emperador Teodosio II a uno de los lugares más pobres de la lejana frontera del sudoeste del imperio bizantino.

La modernidad sabe tan poco de la prosa injuriosa y de las intrigas corrientes en Éfeso, como del contenido de las disputas. No sólo porque el sutil arsenal de conceptos en uso se ha vuelto completamente extraño para nosotros, sino por los presupuestos implícitos que tenían. Por ejemplo, que frases del cuarto evangelio, como «la palabra era Dios» o «la palabra se hizo carne», eran meteoritos caídos del cielo y verdades que todo lo determinaban, y que en las discusiones se podían utilizar sin trabas, como argumentos irrefutables. En el contexto cultural de entonces, el título de *teótokos* evocaba la figura excelsa de una emperatriz bizantina, madre del verdadero emperador Jesucristo. Así está representada en los mosaicos en la Iglesia de Santa Maria Maggiore en Roma, edificada en el siglo V, poco después del Concilio de Éfeso y marcada por su espíritu. Muy pronto, en la Iglesia occidental se reprimió completamente el recuerdo de la Augusta bizantina, en provecho de la imagen de la madonna con el niño. Estas madonnas maternas hacen ver que, aunque el título de Madre de Dios, o más precisamente, de alumbradora de Dios, traduce exactamente al *teótokos* de Éfeso, sin embargo sentimentalmente tiene otro valor. Y el valor que tiene una palabra a nivel sentimental es tan importante como su significado abstracto. Por eso el título de Madre de Dios también tiene muy poco que ver con la fórmula dogmática de Éfeso, a la que apela sin cesar la veneración de María.

Otras fuentes

Pero esa fórmula era sólo una de las que impulsaban a este cohete que puso en órbita la veneración de María, la cual desde

entonces sigue dando vueltas en las alturas. Hay muchos elementos que indican que otra de las impulsoras ha sido la veneración de las diosas paganas a cuyos templos los cristianos transformaron sin reparos en santuarios de María. Algo semejante sucedió con la diosa virginal Artemisa-Diana, o Atenea-Minerva, como también con Isis o Ceres, o con la Gran Madre, y hasta con Venus-Afrodita.

En Sudamérica se repitió el suceso con los Incas en la mezcla del culto mariano con el de la Pacha Mama, madre tierra. Sin embargo la abolición, a menudo violenta, de sus cultos por un cristianismo intolerante, como el de entonces, no ha podido impedir que sigan viviendo, aunque ahora lo hagan a través de la veneración a María. Un milenio de necesidades y usos religiosos profundamente enraizados no se desarraiga de golpe. La sangre mana de todas maneras, ya sea fluyendo abundantemente, ya sea en gotas. Por cierto que ni la Iglesia católica ni la ortodoxa honran a María como a una diosa, aunque el protestantismo se lo reproche tan a menudo.

La veneración de María no debe cruzar nunca las fronteras de una *hiperdulía* aprobada por la jerarquía eclesiástica; literalmente, esa palabra significa «por encima de [el culto a] los siervos [de Dios]», es decir, veneración mayor que a otros santos. Sin embargo, pareciera que en esta veneración resuenan cosas que cuesta atribuir a la eficacia del espíritu de Dios.

A María se la ha vivido como el complemento femenino del Dios-Padre, a quien se lo siente masculino, estricto y generador de angustia. Sin duda que esta imagen es una deformación de la verdadera imagen cristiana de Dios y ciertamente eso no viene del espíritu de Dios, sino que es el fruto de una estrechez comprensible y perdonable de la psiquis humana. Cuando alguien cae en una situación sin salida, regresa espontáneamente a la actitud del niño amenazado que no puede salvarse a sí mismo y busca refugio. Y entonces, huye espontáneamente hacia la madre, más bien que hacia el padre. Esta huida hacia la «Madre de Dios», en vez de ir hacia Dios mismo, y la búsqueda de seguridad y protección bajo el manto de ella, no pueden considerarse como un desarrollo sano de la revelación originaria.

La huida colectiva de la piedad popular hacia María se decantó pronto en la liturgia, y no sólo en la católica romana. Una de las oraciones más apreciadas de la antigua liturgia bizantina es la hermosa *Akathistos*, que es un himno puramente mariano.

Luego, en la medida en que la liturgia introdujo cada vez más festividades solemnes de María con sus fórmulas propias de oraciones, prefacios, letanías e himnos, confirmó y afianzó el culto ya floreciente de la «Santísima Virgen y Madre de Dios María». Ya en la Edad

Media, los teólogos destilaron una *lex credendi*, u obligación de creer, a partir de la *lex orandi*, o manera de orar. Pero como sólo encontraron escasos argumentos bíblicos para esta obligación de creer, y los mejores de entre ellos pertenecían más a la poesía que a la teología, trataron de deslizar argumentos puramente racionales para apoyar el culto a María. Por ejemplo, se explicó que el hijo de Dios debió haber hecho, sin lugar a dudas, lo que hace cualquier hijo bien nacido por su madre: darle todos los privilegios que pueda regalarle. Él podía protegerla contra el pecado original mediante una concepción inmaculada, y también podía concederle una ascensión a los cielos con alma y cuerpo. Y ciertamente que lo hizo. Es un argumento tierno y emocionante, pero no convincente.

Por lo demás, durante su vida pública este hijo no fue todo lo amigable que hubiera podido ser con su madre, al menos tal como lo describen los evangelios sinópticos. Pero ese detalle no fue considerado por los teólogos, y ellos sabían bien por qué.

Otra fuente poderosa en la veneración de María brota ya no en las cimas de la teología, sino en los barrancos de la psicología profunda. Pareciera ser tributaria de un elemento estructural de la Iglesia: es decir que ella, desde hace más de 15 siglos está siendo administrada por hombres célibes que tienen una necesidad, al menos inconsciente, de tener un objeto femenino al que venerar. Pero el celibato levanta una barrera frente a la mujer de carne y hueso, no así frente a una que mora en los cielos. La feminidad sublimada que se encontró en la «Virgen María» vino a colmar ese vacío sin dejar rastros ni sentimientos de culpa. Su veneración podría incluso dar la impresión de estar levantando al alma hacia las alturas santas. Desde el momento en que la vinculación intensa del corazón se desarrolló hasta llegar a ser una evidencia a nivel de la Iglesia enseñante, la predicación que ésta llevó a cabo reforzó en la feligresía o discipulado de la Iglesia el culto a María que ya florecía en forma exuberante. El apego a la madre que sobrevivía en más de un clérigo, pudo encontrar así un disfraz piadoso en la devoción a la «Madre María». También ésta pudo ser una fuente –aunque poco bíblica– para la ampliación y el arraigo profundo del culto mariano en la comunidad católica.

La Santísima Virgen

Este es el segundo título de la madre de Jesús que se repite constantemente. La acentuación de la virginidad se remite, como a su fundamento, en los relatos de los evangelios de la infancia en Mateo y Lucas. Ellos no atribuyen a José la concepción de Jesús, sino sólo a la acción del Espíritu Santo. La confesión de fe en el nacimiento virginal pareciera pertenecer a la tradición primera, aunque no a la originaria

porque no hay rastros de ella en el evangelio más antiguo, que es el de Marcos, ni tampoco en las epístolas de Pablo. Sin embargo, lo más importante para un creyente que piensa en términos de teonomía es que esos dos relatos de la niñez rebosan de sorpresas mitológicas: ángeles que anuncian o cantan alegremente o vienen puntualmente a alertar, o la aparición de una estrella que muestra el camino y se detiene sobre una casa. Y cuanto más mitología hay, menos confiabilidad histórica podemos tener.

Por otra parte, Mateo y Lucas no tienen reparos en contradecirse el uno al otro. Un ejemplo clarísimo de esto fue mencionado anteriormente, y es que, mientras Mateo cuenta que José huye a Egipto, Lucas dice que vuelve a Nazaret. Entonces no es posible ni correcto utilizar los dos evangelios de la infancia como fuentes históricas. Y eso vale también para lo que dicen acerca de la concepción virginal.

Pero la razón específica por la que los creyentes de la modernidad deben pensar de un modo muy distinto a los de la antigüedad es el carácter heterónomo y altamente mitológico de una concepción virginal. Este carácter heterónomo llama la atención. En el ser humano como en todos los mamíferos, la cópula es una condición indispensable de la fecundación, pues las células masculinas deben llegar de alguna manera a un óvulo femenino y mezclarse con él. Es cierto que Lucas hace decir al ángel Gabriel que para Dios nada hay imposible, y por supuesto, piensa en una intervención desde el mundo divino que, por una vez, pudiera exceptuar la necesidad de una cópula. Pero la modernidad no conoce un mundo diferente que pueda intervenir en el nuestro desde afuera, haciendo superfluo el aporte masculino en la gestación. Este aporte le pone fin definitivamente al estado que se quiere significar con la palabra virgen. Para decirlo aún más claramente: para quienes viven en la modernidad, el padre de Jesús de Nazaret es José de Nazaret. Habrá algunos más tradicionales que, en su piedad, se van a asustar e incluso enojar frente a una afirmación como ésta. Tal vez porque, a sus ojos, esto hace peligrar la divinidad de Jesús, que para ellos es incuestionable. Y también, porque lo que va quedando de la virgen madre, es sólo la madre.

En cuanto al primero de los miedos, no hay que olvidar que, en el caso de una concepción virginal, Jesús habría heredado de María la totalidad de su código genético, lo que aparentemente no disminuiría en nada su naturaleza humana. Entonces, ¿cuál sería el peligro para esta naturaleza, si sólo la mitad del código genético de Jesús viene de María y la otra mitad viene de otro ser humano? Por lo demás, el fruto de la supuesta partenogénesis tendría que ser una persona de sexo femenino, ya que le faltaría un cromosoma Y.

En cuanto al segundo susto, ¿por qué sería una catástrofe que María fuera madre y no virgen? ¿Porque el celibato y la vida religiosa femenina perderían una vieja bandera en su marcha tumultuosa y segura de victoria? Si la experiencia no ha mostrado que este tipo de vida no matrimonial sea un enriquecimiento, una bandera como ésa sólo sería un trapo coloreado, o una hoja de parra. A lo mejor, lo que se esconde verdaderamente detrás de esta resistencia frente a la aceptación de una concepción sexuada de Jesús es todavía un resto pertinaz de miedo y recelo eclesiásticos frente a la sexualidad, o hasta una condenación inconfesada de la sexualidad. No debemos olvidar que durante quince siglos la Iglesia ha mantenido esta condenación prácticamente como una virtud.

Ahora bien, si los dos evangelios de la infancia se contradicen en tantos puntos, ¿cómo puede ser que ambos sean unánimes en la confesión de fe acerca de que en la concepción de Jesús hubo una intervención directa de Dios que interrumpió el curso normal de los acontecimientos? La razón de ello es el anuncio del ángel, igual que la localización del nacimiento en Belén. Pero lo que los dos evangelistas anuncian unánimemente de este modo es la grandeza y profundidad más que humana del hijo de hombre Jesús.

Esta confesión de fe significa que, quien le escuchaba y se abría ante él, comenzaba a sospechar y a reconocer que Dios hablaba y actuaba por medio de él, que él era la imagen y la parábola de Dios. Y para ello se servía de la representación que Dios mismo o su espíritu creador, y no José, es quien importaba en el acontecer de Jesús. Pues, como lo atestigua Génesis 5, 3, el hijo era la «imagen y parábola» del padre. No de la madre. Ella era apenas algo más que el terreno o el campo donde el padre sembraba.

La concepción de Jesús por obra del espíritu de Dios era por tanto en ese tiempo, una fórmula clara para expresar que Jesús era «la imagen y parábola» de Dios, no la de José o de un hombre cualquiera, y que él superaba cualquier medida humana. Por algo vivían ellos en un mundo anterior a la modernidad, que no tenía idea de biología o genética, y para el cual no era imposible un Dios que interviene libremente, aún en lo que para nosotros es biológicamente imposible. La consecuencia de todo esto es que la fórmula confesional «concebido por obra del Espíritu Santo» no despertaba extrañeza alguna entre los creyentes del tiempo anterior a la modernidad. Por lo demás, ¿quién de nosotros tuvo dificultad hasta hace algunas décadas con esta confesión de fe? Pero hoy día, se vuelve difícil seguir con ella porque hemos dado vuelta a una página de la historia. La penetración rápida de la modernidad nos ha enseñado que lo que aquí se nos presenta no son hechos, sino una mitología cristiana de la antigüedad.

Pero relato mitológico significa relato con un mensaje enriquecedor. ¿Y cuál es éste mensaje cuando decimos que María es virgen? En este caso la palabra virgen deja de tener resonancias fisiológicas y aparece como el negativo de una foto cuyo lado positivo es la confesión de fe en el «concebido por obra del Espíritu Santo». El énfasis está puesto en que la humanidad, simbolizada en María, no está en condiciones de producir por sí sola la encarnación de Dios –entendida de manera teónoma-, ni tampoco de conquistar su liberación y plenitud, sino que sólo puede recibirla como fruto de la dinámica creadora del milagro original del amor. En este contexto, «virgen» quiere decir que la iniciativa está en Dios. Y ello es mil veces más importante que la fisiología.

Por eso uno puede sorprenderse aún más de que en los siglos posteriores haya habido tanto apego al significado fisiológico de la palabra, y se lo haya colocado en un primer plano al afirmar la virginidad, incluso en el parto. De esta forma se materializó formalmente el concepto espiritual de la virginidad de María y se lo redujo a la integridad de su himen. Pero, ¿qué buena nueva para la humanidad puede contener esta anatomía elevada a una altura dogmática? Probablemente, el miedo eclesiástico de la sexualidad ha jugado un papel decisivo en esta evolución.

Para terminar, aún una advertencia. Tras la alabanza de la virginidad de María, se esconde algo que no pertenece a un hogar cristiano. Pensemos por ejemplo, en la Letanía Lauretana, bendecida con indulgencias por parte de la Iglesia. Fijémonos en que el *crescendo* de los adjetivos que deben honrar a María: «Madre purísima, Madre castísima, Madre intacta, Madre inmaculada...», sugiere que la relación sexual hace impura y no casta a una mujer, pues la ensucia y la mancha. Eso es todo lo contrario de una alabanza al amor matrimonial y a la maternidad. Es una manera de ver las cosas que cae en una contradicción tan grande con la buena nueva de la fe, que ni siquiera vale la pena reclamar por ella; inconscientemente es demasiado maniquea para ser conscientemente cristiana. Por eso es bueno preguntarnos: ¿qué es lo que se esconde tras la costumbre, casi obligada, de los documentos papales y los textos litúrgicos de acentuar de una u otra forma la virginidad de María cada vez que se la nombra? Da para suponer que la Iglesia oficial tiene un rechazo inconsciente y quizás por ello inexpresado, contra todo lo que tiene que ver con la sexualidad y su vivencia cotidiana.

Los dogmas de 1854 y 1950

Durante siglos, el terreno de cultivo donde se conjugaron la piedad popular, la liturgia y la teología fue más bien el de los facto-

res psíquicos o inconscientes que el de los testimonios de la Iglesia primitiva. Eso fue lo que se introdujo en la vida entera de la Iglesia Católica, penetrándola por todas partes. Eso fue también lo que preparó el camino para los dogmas marianos de 1854 y 1950. Por eso uno se pregunta hasta qué punto podemos mirar como una obra del espíritu de Dios a este producto final. Pero ésta no es la crítica determinante, sino otra: la que se refiere al carácter heterónomo de estos dos dogmas.

El dogma de la «inmaculada concepción» fue promulgado en 1854 por el ultra conservador Papa Pío IX (de quien es la frase: «la tradición, soy yo»). Este Papa proclamó que María en su concepción, estuvo exenta de pecado original. Este dogma parecería que está pidiendo a la gente moderna cosas imposibles. La primera es que se debería aceptar la doctrina del pecado hereditario que, aunque puede atribuirse a la autoridad del gran maestro de la Iglesia Agustín de Hipona, no tiene ningún asidero en la visión occidental del mundo desde Darwin. La doctrina tradicional del pecado original hereditario afirma que en el origen hubo un pecado cometido por la primera pareja humana, que fue trasmitido por herencia como una «mancha» a todos sus descendientes, y que este pecado ha convertido a toda la historia del mundo en una sola tragedia.

En el capítulo 3 expusimos detenidamente cómo y por qué esta doctrina del pecado hereditario es insostenible en la modernidad. La afirmación de «una intervención especial de Dios» que preservó de aquella mancha a María, como único ser humano, basta para desencadenar todos los timbres de alarma teónomos.

Por lo demás, ¿qué significado puede tener el que una célula de óvulo fecundado estuviera cargada, o preservada, de un pecado hereditario? Porque, al fin y al cabo, concepción significa fecundación de un óvulo. Esto hace imposible que un creyente teónomo pueda celebrar aquella inmaculada concepción como un acontecimiento festivo, y nada digamos de afirmarlo como dogma.

No se puede sostener que el «llena de gracia» del *Dios te salve María* sea confirmación del dogma, porque el «llena» no está en el texto griego del Evangelio, que dice simplemente «agraciada». O sea que se lo debemos sólo a la traducción literal latina, que es bastante libre. Y «agraciada» en el relato de la anunciación no significa sin pecado, sino escogida por el amor inmerecido de Dios que se revela en la venida del Mesías. Al mismo tiempo, esa supuesta confirmación es testimonio de pobreza, pues se reconoce que en la Sagrada Escritura no hay otras pruebas que permitan fundamentar el dogma.

El carácter heterónomo del dogma de la Asunción es todavía más llamativo. Pues su formulación –para distinguirla de su intuición más profunda– supone un cielo en alguna parte allá arriba, al que María tiene que ser llevada corporalmente (¿por los ángeles?), lo que supone una resurrección corporal previa. Esto, tampoco se puede integrar en una representación teónoma del mundo, como lo mostraremos en el capítulo siguiente. Naturalmente que el dogma no tiene ningún asidero en la Biblia, pues en ella hay todavía menos datos sobre su muerte que sobre su vida, es decir: ninguno.

La historia primitiva del dogma comienza con leyendas del siglo IV, a las que, con buena voluntad, uno puede encontrar enternecedoras, o, siendo honrado, más bien extrañas. Si en 1950, después de 1500 años, bajo Pío XII se llega por último a dar a luz un dogma que se remonta a aquellas leyendas del comienzo, ello se debe a la marea creciente durante siglos de una veneración de María capaz de arrastrarlo todo consigo (hasta la razón misma), pero ni la Sagrada Escritura ni la razón tienen causa ni culpa alguna en el nacimiento de este dogma.

Hay que decir que hubo teólogos muy agudos que quisieron salir por los derechos de la razón argumentando que el dogma de la Asunción se apoya en los dogmas de la concepción de María sin pecado hereditario y de su virginidad en la concepción y el nacimiento de Jesús. Sin embargo precisamente esta vinculación buscada entre dogmas heterónomos es la que precipita la caída en el descrédito, para la teonomía, del dogma de la asunción de María en cuerpo y alma al cielo, al igual que los otros dos en que éste se apoya.

La veneración de María en la modernidad

Hay un fenómeno extraño y es que cuanto más la modernidad empuja a la Iglesia hacia posiciones defensivas, con mayor fuerza la dirección de la Iglesia propaga y acentúa la veneración de María. Evidentemente, espera su propia salvación de ese culto. En aquel período, no sólo se proclamaron los dos dogmas marianos, sino que hacia fines del siglo XIX aparecieron también los primeros documentos romanos que quisieron atribuirle por añadidura dos títulos más a María: «Mediadora de todas las gracias» y «Co-redentora».

Felizmente respecto a este último título, se tuvo el cuidado de agregar que a María se la puede llamar así sólo en un sentido muy débil y análogo. Lo que en buenas palabras significa: no es verdadero. Y en realidad no lo es. Los portavoces de este título necesitan de todas maneras esa puerta falsa de escape. Pero no sólo es imposible apelar a la Sagrada Escritura para estos dos títulos, sino que la Escritura los contradice uno a uno. Pues el papel de Mediador y de

Redentor se le atribuye allí exclusivamente a Jesús. Además, el concepto de mediadora es muy heterónimo. Eso lo vamos a explicar en el capítulo 18 al tratar la intercesión y la oración de petición. Porque el papel mediador de María consiste, según los documentos romanos, precisamente en esta función de intercesora.

No obstante, a pesar de todos los esfuerzos de la dirección de la Iglesia, la veneración de María va en retirada entre los creyentes de la modernidad. La Iglesia de las mayorías continúa guardándole fidelidad al pasado mariano, en general. Las peregrinaciones a Lourdes, Fátima, Medjugorje, Marzell y muchas otras, todavía son bastante concurridas y se continúa rezando celosamente el rosario –por lo menos lo hace la gente de edad-. Los más jóvenes han abdicado de esta forma de rezar, y eso significa que el rosario amenaza con acabarse en una o dos generaciones, por más que el Papa Wojtyła haya sido un celoso portavoz de ese tipo de oraciones. Y ya queda poco de aquellas Congregaciones Marianas, en otro tiempo florecientes, y de las hermandades marianas, del culto de los Siete Dolores de María o de su Inmaculado Corazón, de la imposición del escapulario y de tantas otras formas de culto mariano. En los países donde el 15 de agosto y el 8 de diciembre todavía son feriados legales, (pese a lo que diga a la liturgia), la gente ya no se alegra porque María fuera llevada al cielo en cuerpo y alma, ni porque desde el primer momento de su existencia (como óvulo fecundado) fuera preservada del pecado hereditario, sino porque esas fiestas traen consigo un día de vacaciones pagado.

La fe moderna se enajena y aleja cada vez más de su pasado mariano, lo mismo que la incredulidad moderna. El centro de gravedad de la fe moderna se desplaza hacia otro espacio. La tradición bíblica está de su parte, y esto es lo más importante de la tradición. La fe moderna siente, además, que la veneración de María es un plano inclinado desde el cual es fácil deslizarse a cosas secundarias y que ella tiene más que ver con el sentimiento que con una fe en Dios bíblicamente fundamentada. Pensemos en el lamentable espectáculo que ofrecen las casas rodantes de gente piadosa que se apresuran en llegar a cualquier lugar donde se hable de una aparición de María. El mensaje verdadero de la buena nueva con su fundamento bíblico corre el peligro de desaparecer tarde o temprano entre nubes de incienso mariano.

Quizás, uno de los factores que influyen en la reserva que tiene la fe moderna frente a la veneración de María es que la glorificación romana de la «Esclava del Señor» es normalmente el preludio de una glorificación correspondiente de la dominación masculina en la Iglesia. María es la imagen ideal de la mujer que se pone al servi-

cio del clero y que, según el deseo del apóstol Pablo, se calla en la Iglesia. La mujer moderna rechaza esta imagen ideal.

¿Qué se sigue de todo esto?

Luego de esta consideración que llama a la sobriedad, ¿qué queda en pie de la admirable torre de la veneración romana de María? Queda que, de todas maneras, es admirable. No sólo por sus dimensiones y su altura, sino debido a su forma tan especial. Su apariencia es la de un hongo atómico o de una pirámide invertida, pues se apoya en un fundamento bíblico tan pequeño que tiende a desaparecer, y sin embargo ha crecido tan alto y se ha vuelto tan ancha que ocupa todo el cielo eclesiástico. Y quien, evangelio en mano, se atreva a llamar la atención sobre esta deformación de la fe cristiana, muy pronto será señalado como hereje o infiel.

Si, pese a ello, nos atrevemos a buscar a esta María tan venerada en el evangelio (si no, ¿dónde?, porque por cierto no va a ser en Fátima o Medjugorje), ¿a quién vamos a encontrar entonces? No a la *theótokos* de Éfeso, ni tampoco a la Reina coronada en el cielo, sino sencillamente a la madre del Mesías Jesús. Pero si este Mesías es el Alfa y la Omega de nuestra vida como cristianos, nuestra alegría y nuestro agradecimiento se vuelcan por supuesto también hacia ella que ha sido mucho más que la fuente biológica de su existencia.

Jesús no bajó del cielo con botas y espuelas, como en otro tiempo lo hizo Atenea desde la cabeza de Zeus. Nació como un niño llorón y debió aprender todo, realmente todo, aún aquello que llegó a ser para nosotros la salvación. Y su madre ha jugado un papel inapreciable en ese proceso de aprendizaje. La manzana no cae lejos del tronco. Por lo tanto se pueden sacar deducciones significativas del resultado de este aprendizaje, sea como fuere. Puede que el *Magnificat* no tenga la autoría de María, pero expresa bien lo que debe haber pensado y sentido para que su hijo pudiera aprender a pensar y sentir lo mismo. Por eso mantiene su valor pleno entre las oraciones marianas que aún siguen teniendo sentido para los creyentes modernos.

Las oraciones litúrgicas más utilizables no son aquellas que alaban a María como Reina de los ángeles, patriarcas, profetas, y demás. Ni tampoco las que hablan de ella, según lo cantan las letanías lauretanas, como la madre más pura, más casta, inmaculada, íntegra, virgen de las vírgenes..., sino como el seno de donde salió el Sol de la justicia, como la estrella de la mañana que anuncia el día. U otras oraciones que no dejan que se disuelva su vinculación vital con Jesús

y la aparición de éste como Mesías. También aquellas que alaban su actitud de esclava del Señor, aunque estas palabras se le han atribuido en el relato de la anunciación y no se les puede asignar mucha credibilidad histórica. Pero algo que pudo no haber sucedido, y que pudo no haber sido dicho, puede sin embargo tener una gran riqueza de verdad. Tampoco ha quedado fuera de servicio el *Dios te salve, María*, por lo menos en su primera mitad, aunque se origine en el capítulo 1 del evangelio de Lucas, tan mitológicamente coloreado. No obstante, todo lo que Lucas pone en boca del ángel o de Isabel, sigue guardando su sentido y valor de veneración hacia María como madre del Mesías Jesús.

Releer la Inmaculada Concepción. Reflexión acerca del dogma por José María Castillo.

de [Asociación teresiana de la nueva Débora](#), el jueves, 8 de diciembre de 2011 a la(s) 6:39 ·

La fiesta de la Inmaculada no se refiere ni a la sexualidad, ni a la virginidad, ni a la pureza sin mancha alguna. Esta prerrogativa de María, la madre de Jesús, se discutió, se elaboró y se definió en un tiempo en el que no se sabía lo que hoy sabemos con sobrada certeza sobre los orígenes de la humanidad y sobre todo lo que gira en torno a la idea del "*pecado original*". Ocurre en esto algo que se puede comparar con lo que pasaba cuando la Iglesia condenó a Galileo. Hoy, la Iglesia no lo condenaría porque los conocimientos científicos no lo permiten. Pues algo parecido se puede (y se debe) decir de los orígenes de la humanidad y de la explicación que se la ha dado al llamado "*pecado original*". **Por eso, para ilustrar nuestra fe y nuestra devoción a María, resulta necesario haber una re-lectura de lo que queremos decir cuando afirmamos que la Madre de Jesús fue "inmaculada", es decir, "sin-mácula" osea "sin-mancha".**

1. **El relato de Adán y Eva, que se cuenta en el capítulo 3 del Génesis, no es un relato histórico, sino que es un mito.** Todos los pueblos y culturas antiguas crearon mitos para explicar hechos y fenómenos que no sabían explicar. De ahí, la mitología, que es determinante para entender la vida de los pueblos, de las culturas y de las religiones. El relato de Adán y Eva no puede ser histórico, porque, entre otras razones, es evidente que las serpientes nunca han hablado. Ese relato pretende dar razón de por qué existe el mal en el mundo. Y el mito nos viene a decir que la culpa del mal en el mundo no la tiene Dios (que quiso un paraíso para los humanos), sino que la tiene el hombre (Adán), que desobedeció el mandato divino. **Es decir, el mito pretende exculpar a Dios culpando al hombre.**
2. **San Pablo interpretó el relato de Adán en clave de pecado,** que afectó no sólo al primer hombre, sino a todos sus descendientes (Rom 5, 17-21). Esta doctrina fue profundizada mediante extrañas explicaciones, que por ejemplo, en el caso de san Agustín, nos han dicho que el "pecado" de Adán se transmite de padres a hijos mediante la generación carnal. **Por eso los teólogos enseñaron, durante siglos, que los niños, cuando vienen a este mundo, son engendrados de firma que empiezan a vivir ya manchados con el "pecado original".** Y ése es el pecado del que hay que "purificarlos" mediante el bautismo. Por eso los teólogos han enseñado también, durante siglos, que los niños que se mueren sin ser bautizados, al morir con el pecado original, no pueden ir al cielo. Pero, como no son culpables de nada, tampoco pueden ir al infierno. Eso es lo que dio origen a que algunos se inventaran la existencia del limbo. Porque no había otro sitio a donde mandar a esas criaturas. Ahora, el Papa ha dicho que lo del limbo no es verdad. ¡Menos mal!
3. **En la Edad Media (hacia el s. XII), se empezó a decir que la madre de Jesús había sido liberada del pecado original,** o sea

que fue "in-maculada" desde el primer instante de su vida. Santo Tomás de Aquino, y con él toda la escuela tomista, se negó a aceptar la doctrina de la Inmaculada. Porque, si María no tuvo pecado alguno (ni el original), no habría necesitado redención alguna. Pero sabemos que redención de Cristo es universal. En sana lógica teológica, Tomás de Aquino tenía razón. Las discusiones y confrontaciones entre dominicos, por una parte, y franciscanos y jesuitas, por otra, fueron enormes. **Hasta que el Papa Pío IX, en 1854, zanjó la cuestión definiendo que "la Beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original en el primer instante de su concepción"** (Denz- Hun. 2803).

4. **Pero esa definición necesita hoy una correcta interpretación.** Porque lo que no podemos hacer es enseñar teología que está en contradicción con descubrimientos y logros que hoy son admitidos por la comunidad científica mundial. Me explico: si se admite que toda la humanidad proviene de Adán y Eva, no hay más remedio que admitir la doctrina del monogenismo, cosa que hoy la ciencia mejor documentada y más segura no tolera. Entonces, ¿a quién le hacemos caso: a la ciencia o a los catecismos? Digamos, más bien, que, como en el caso de Galileo, la teología dio una explicación de los orígenes de la humanidad que no encaja con lo que los científicos han descubierto sobre esos orígenes de esa humanidad. Por tanto, en lugar de decir que los científicos mienten, aceptemos que los teólogos hablaron de un asunto sobre el que se pronunciaron sin fiabilidad. Si la teología fuera más humilde y hubiera aprendido a decir que se ha equivocado no pocas veces, con esa humildad habría hecho un bien enorme a la causa de Dios, de la religión y de la Iglesia.
5. Para demostrar que María, la Madre de Jesús, nunca tuvo pecado alguno (ni el original) se ha echado mano de lo que le dijo el ángel Gabriel al llamarla "llena de gracia" (Lc 1, 28). Pero esa afirmación no prueba nada. Porque, con más claridad que a María, se le califica a Esteban, en los Hechos de los Apóstoles "lleno de gracia" (Hechos 6, 8). Pero nadie ha dicho que el mártir Esteban fuera "inmaculado". No se puede utilizar la Biblia como nos conviene y cuando nos conviene, para luego ocultar, o ignorar lo que no nos interesa. La honradez teológica es básica para hacer una teología que merezca crédito y resulte fiable.
6. **Entonces, ¿qué significado tiene para los creyentes el dogma de la Inmaculada? Significa sin duda alguna, que María, la Madre de Jesús, fue una mujer extraordinariamente agraciada por Dios, privilegiada y de una calida excepcional. Ella fue el cauce humano por el que Dios "se humanizó" y vino a este mundo "como uno de tantos" (Fil 2, 7).** Cuando en esta vida vemos a una persona de enorme calidad solemos pensar y decir que debió tener una madre de mucha categoría. Para elogiar o insultar a una persona, elogiamos o insultamos a su madre. Es lo que hizo aquella mujer, de la que nos habla el evangelio de Lucas, cuando le dijo a Jesús gritando: ¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron! (Lc 11, 27). En la grandeza de Jesús, aquella mujer intuyó la enorme categoría de su madre. Eso es lo que tenemos que admirar, venerar e imitar con motivo de esta fiesta de la Inmaculada.

7. Por otra parte, esto es lo mejor que puede cuadrar con el significado que hoy podemos dar a la doctrina teológica del "pecado original" El llamado pecado original no es "pecado" alguno, en el sentido en que hoy se entiende un pecado del que Dios nos tiene que perdonar. El "pecado original" no es sino el nombre teológico que se le ha puesto a la "limitación" que es inherente" a la condición humana. Y, además de eso (y juntamente con eso), el pecado original indica también la "inclinación" al mal que todos llevamos a la sangre misma de nuestra vida. De ahí que, en toda mujer y en todo hombre, lo "humano y lo inhumano" estén fundidos en todo ser humano. Y de ahí también que, en última instancia, **lo que viene a decirnos la fiesta de la Inmaculad es que el proyecto cristiano entraña, ante todo, la tarea incansante de hacernos cada día más humanos, superando y venciendo la inhumanidad que tanto eshumaniza esta vida y este mundo.**